

Un ladrido al otro lado de las colinas

Escribe: POLICARPO VARON

La tarde que se lo llevaron yo caminé detrás de los ladridos hasta la quebrada, hasta cuando se deshicieron al otro lado de las cuchillas, y estuve un rato viendo correr el agua, viendo mi sombra quebrarse en la corriente, y luego, cuando la noche vino llano arriba, me senté sobre las piedras frías a llorar —era más fácil llorar a oscuras— y a oír el canto, la conversa o el silencio de los hombres que pasaba por el camino fumando detrás de sus animales... Volví tarde a la casa. Papá roncaba, y mamá desde la cama me dijo: "busque la comida en la cocina, mijo", pero yo me quedé callado, sin moverme, no quería que mamá conociera en mi voz lo que tenía por dentro. Mamá volvió a decir al rato "quihubo, mijo" y yo resongué tantico debajo de las cobijas para que ella no molestara más y me limpié las mejillas contra la almohada, las lágrimas amargas que me bajaban, y temblé y sentí dentro, más allá del cuero, que los huesos me dolían, los huesos de las manos, los huesos de las canillas, y las quijadas, y me encogí sobre la estera, las rodillas contra el pecho, para meterle calor al cuerpo, para sacar-

me ese frío que no sabía si era de las piedras y el agua de la quebrada o el otro, el que me hacía oír todavía delgaditos por entre la luna y las lomas los ladridos de Delfín, de Delfín que el viejo Martín se había llevado en rastra para su rancho...

Los grandes no saben que uno les coge cariño a los animales. Al principio yo no quería a Delfín. Papá lo trajo una mañanita. Era un animalito pelado y barrigón que resollaba en la palma de su mano. Papá lo compró para mí por un peso. Yo tuve asco cuando sentí el cuero tibiecito y los resuellos, y los ojos cerrados llenos de lagañas, y ese olor a perro chiquito. Papá me lo entregó: "tenga, cuídelo", dijo; y yo estuve por tirarlo al patio... Pero luego, con el tiempo, le fue naciendo pelo, pelo rucio y bonito, y se le fue desvastando la barriga, y el agua le quitó el mugre de las orejas y de los ojos y de en medio de las zancas; un baño cada dos días; y los viernes, madrugué a la matanza por los cincuenta de bofe, y todos los días lo primero era pedirle a mamá la aguadepanela de Delfín, y yo mismo se la enfriaba con un pocillo y se la po-

nía y lo veía comer, oía su lengua, y le acariciaba el espinazo, cuando el animalito estaba agachado tragando, y al medio día la sopa, y luego daba gusto verlo dormir en el rincón, roncar sobre el costal, la estopa que yo había conseguido para que Delfín durmiera por las noches, sí, por las noches yo lo llamaba al rincón y le decía “éche-se” y él hacía caso, y luego “duérmase, perrito” y Delfín entendía, claro, y cerraba sus ojitos y se iba durmiendo con mi mano en el pescuezo y las orejas, y esos aulliditos, como quejido de cristiana, en los que como que me devolvía el cariño que yo ponía en criarlo... Por esto me fui encariñando, y porque por las mañanas, en los potreros, cuando llovía y tronaba Delfín tendía las orejas y se metía debajo de mi ruana, nos acurrucábamos los dos en las cuchillas y yo podía sentir junto a mis canillas sus resuellos, y sus pelos rucios se iban quedando ahí pegados a mis zancas cuando yo lo apretaba, cuando los malditos truenos, que a ambos nos hacían entrar miedo en el cuerpo, nos ponían a temblar y encima de la ruana los goterones parecía que fueran a romperla..., y también por todo lo que jugaba conmigo detrás de las puertas, yo escondido allí y él buscándome por toda la casa, oliendo los rincones, y —al fin— los saltos de alegría, y su hocico queriendo llegar hasta mi boca, su hocico queriendo meterse por la manga del pantalón y mis “quieto Delfín”, y mis palmaditas en sus orejas, en sus orejas delgaditas, orejas de perro...

Papá sí había estado diciendo que iba a vender a Delfín porque no hacía sino tragar. Cuando lo dijo una mañana al desayuno yo creí que era por sobarme no más.

Delfín estaba al lado esperando los pedacitos de carne o pan que yo le tiraba. Levanté y sonreí por llevarle la corriente a papá... Pero aquel domingo se me metió que papá había vendido a Delfín, se me metió que lo que él había estado conversando con el viejo Martín por la mañana (la mañana del mismo domingo, en que papá estaba parado en la puerta y el viejo cruzaba para la plaza detrás de su burro y papá le gritó y el viejo se paró con las zancas abiertas y el cuello estirado a hacerle tiempo a papá y a limpiarse el sudor del pescuezo con un pañuelo) era lo de la venta, porque el viejo Martín llegó hasta la puerta de la casa con el lazo nuevo en la mano y conversó con papá, y papá con los brazos cruzados y el viejo con el pescuezo estirado para verle la cara a papá, que luego le quitó el lazo y me lo alcanzó y dijo: “amarré el perro”... Entonces yo supe que papá había hablado en serio esa mañana en el comedor, y fui al rincón donde estaba Delfín y le dije “escóndase, corra, carajo que nos friegan” pero Delfín lo que hizo fue pegar tres saltos y estirar el hocico para lamerme y buscar la manga de mi pantalón; me partía el alma: papá se volvió en esas y me dijo: “¿quihubo, lo amarró?” y viendo que yo no lo iba a hacer vino y me rapó el lazo y se lo puso en el pescuezo a Delfín, entonces Delfín empezó a saber lo que le pasaba y se puso a aullar, buscó el rincón pero papá lo arrastró hasta la puerta y le pasó la punta al viejo Martín y yo me fui a un rincón porque —a pesar de que hacía una fuerza del demonio— las lágrimas estaban viniéndoseme y yo no quería que mis hermanos me vieran llorar... La pared era fría en el rincón y yo me dejé resbalar hasta el cemento cuando

los aullidos de Delfín estaban en la plaza; le costaba dejar la casa, le dolía la arena de la plaza, le dolía en sus zancas la arena de la plaza, gruesa y dura, le dolía el lazo en el pescuezo, mataba, mataba la tierra sus nalgas, sus pelos iban quedando en el camino, una hilera de pelos rucios, me daban ganas de salir y gritar: "no lo

j..., viejo bruto"... Luego los ladridos vinieron de más lejos y yo me levanté y miré el camino solo más allá de las últimas casas, y los oí, finitos, del otro lado de las cuchillas y caminé hasta la quebrada por no dejar no más, pues yo sabía que a Delfín no lo volvería a ver...